

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

PROPIETARIO

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Río de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.^a—AÑO II.

Madrid 15 de Diciembre de 1878

NÚMERO 22

AVISO

El Sr. D. José Amalio Muñoz, propietario de LA ILUSTRACION CATÓLICA, ha fallecido ayer 14, después de una larga y penosísima enfermedad, soportada con cristiana resignación.

Su desconsolada familia ruega á todos los Sres. Suscritores del periódico le encomienden á Dios.

Esta ha sido la causa de que este número y el anterior se hayan publicado con un día de retraso.

SUMARIO

TEXTO. Nuestros grabados, por A. —Revista de la semana, por Ovidio. —Apuntes de viaje. —Los adoradores de Plúto, por D. Francisco Navarro Villoslada. —La Virgen Santísima y el arte Cristiano, por D. Manuel Pérez Villamil. —Catedral de Santo Domingo de la Calzada, por D. Ignacio Alonso Martínez. —El Castillo de Terceopelo, por Pablo Feval, traducción de doña Balbina Antunez. —Poesía, A Genon, orador famoso, dos sonetos, por Ovidio. —Miscelánea. —Anécdotas.

GRABADOS. Retrato de D. Marcelino Menéndez Pelayo. —Real ex-Monasterio de Santa María de Bugedo. —Huerto de Getsemani.

NUESTROS GRABADOS

D. Marcelino Menéndez Pelayo.—Se necesita conocer al Sr. Menéndez Pelayo para que no parezca exageración el decir de él que es un verdadero portento. Propuesto en primer lugar, y casi por unanimidad, á la edad de veintitres años, para una cátedra

del doctorado de la Universidad Central, sus ejercicios causaron verdadero asombro á los que no le conocían, y atrajeron un concurso de todo punto inusitado al Paraninfo de la Universidad. Es rarísimo ¿qué decimos rarísimo? es fenomenal encontrar reunidas en un mismo individuo las cualidades que posee el Sr. Menéndez Pelayo, esto es, portentosa erudición, númen poético, alto criterio y juicio sólido. Hay en este joven el caudal que se necesita para fabricar diez reputaciones.

No hay peligro en decir esto del Sr. Menéndez Pelayo, porque tiene la modestia del verdadero sábio. Se le admira ántes de conocerle, pero su trato obliga además á la estimación y al cariño.

Cuando le oíamos en el salon del Paraninfo oponer con discreta firmeza á profesiones de fé nebulosas, su profesion de fé íntegramente católica, involuntariamente se nos venía á los labios aquella exclamación de Manzoni:

*Bella, immortal, benéfica
fede ai triozi avezza,
canta azcor questa,
allegрати...*

Pocas veces nos ha parecido tan oportuna la aplicación de esta bella estrofa.

En el Sr. Menéndez Pelayo se ve una nueva y victoriosa prueba de que así como la poca ciencia aleja de la religión, la mucha, por el contrario, es casi siempre creyente.

Real ex-monasterio de Santa María de Bugedo.—Doña Sancha Díaz de Frias donó al señor de San Cristóbal de Ibeas en 1168 un palacio, ántes posesión real, que tenía en Bugedo para que se fundase allí, según se verificó, un monasterio de premostratenses con la Regla de San Agustín.

Hasta el año de 1584, habitaron las monjas el palacio de doña Sancha; pero aumentándose la comunidad y creciendo las rentas, construyéronse en el propio sitio el monasterio que ha subsistido hasta la última exclaustración.

De la parte antigua del palacio, sólo queda un torreón que se aprovechó para torre de la iglesia.

La obra del monasterio se ejecutó, como decimos, en 1584, por Baltasar y Matías de Castañeda, vecinos el primero de Burgos y el segundo de Oña, siendo Abad el ilustre y muy reverendo padre fray Gabriel Bernaldo.



DON MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

El precioso retablo mayor de la iglesia, en la que todavía se admira, lleno de mutilaciones y destrozos, el sepulcro de la fundadora, se hizo en 1576 por el escultor Diego Marquina, vecino de Miranda de Ebro; pero se arrojó al suelo y rasparon sus adornos en 1842 para extraer la capa de oro de que estaban revestidos.

Este magnífico convento ha seguido la suerte de muchos otros: abandonado y destruido, es hoy una página de nuestras desventuras, en la que grabó su huella el vandalismo moderno.

Huerto de Getsemani.—Véase el artículo de nuestro número anterior sobre los Santos Lugares.

REVISTA DE LA SEMANA

Estudiando con algún cuidado al público contemporáneo, donde quiera y por cualquier motivo que se congregue, se nota en él una falta de iniciativa, tanto más curiosa, cuanto que nunca como ahora ha sido honrado con el título de juez inapelable y casi indiscutible, no sólo de las obras del ingenio, sino también de todas las cuestiones que se refieren á este mundo y al otro.

Admira ciertamente el ver cómo á este público soberano se le trae y se le lleva donde se quiere, se le hace aplaudir ó torcer el gesto, entusiasmarse, indignarse, enternecerse y á veces hasta desmayarse.

Parece como que una mano oculta regula todos sus movimientos con matemática precisión.

Lo único que ya no hace es silbar, y el público que no silba, sobre todo en estos tiempos, es evidentemente un público cohibido.

Desde que la opinión pública tiene órganos, la opinión pública es un verdadero enigma. Antes se la dejaba que juzgase por sí misma. Ahora se le dan los juicios hechos y ella se conforma con una docilidad borreguil, que produce á veces verdadero asombro.

Donde se muestra más visible este curioso fenómeno es en el teatro. Vénse ahora éxitos ruidosísimos que no tienen explicación plausible.—¿Qué mosca le ha picado á esta gente?—se dice uno á sí mismo admirado, al ver al público jadeante, lanzando á veces hasta rugidos de entusiasmo por cosas que harían rugir al mismo mal gusto.

Y lo más curioso es, que en cuanto sale á los pasillos, el auditorio se venga de sí mismo, echando pestes contra lo mismo que aplaudió.

Que el público aplauda cosas malas, no es nuevo; pero al menos en los tiempos en que era dueño de sus impresiones, siempre era fácil descubrir en la cosa aplaudida algo capaz de explicar su entusiasmo real ó ficticio. Es que el autor había sabido herir, siquiera fuese á puño cerrado, alguna cuerda sensible. El público respondía siempre á un llamamiento directo hecho á sus pasiones, á sus preocupaciones y hasta á su mal gusto.

El autor pedía el aplauso, dando siempre algo de aquello que sabía que gozaba del favor de la muchedumbre.

Comella y Churriguera en el siglo pasado, fueron dos cortesanos del mal gusto de su tiempo. Al examinar sus obras la crítica ilustrada, protesta inexorable contra el favor de que gozaron; pero sin hallar nada en él de inconcebible. Sus obras, recargadas de groseros adornos, indican por lo menos el sincero deseo de complacer los ojos, los oídos y el entendimiento del público á quien se dirigían. Daban cándidamente lo que la época les pedía.

Con el género que ahora aspira á dominar la escena no sucede nada de esto. Por mucho que se examine, no se halla en él nada susceptible, no diremos de deleitar, pero ni aún de fascinar por un momento á ninguna clase de auditorio. Carne cruda sin aderezo, en la cual lo absurdo y lo horrible no consiguen encubrir lo fastidioso.

El punto de partida es siempre un crimen, cuando no varios. El homicidio, el adulterio, la violación, el suicidio, la bastardía y el robo, son siempre el punto de partida, los móviles de la ac-

ción y aún los resortes obligados del desenlace.

Por supuesto, completa ausencia de caracteres. En una misma escena, un mismo personaje manifiesta al propio tiempo sentimientos de héroe, de malvado ó de ganapan. Todo allí está subordinado á las necesidades de la trama, y el carácter distintivo de todos los personajes es el de tenerlos todos, sinónimo de no tener ninguno. Lo mismo dan una limosna que una puñalada; lo mismo pronuncian una homilía que una blasfemia; ántes de cometer una infamia se entregan á arrebatos de misticismo, para satisfacer un apetito brutal vuelven la vista al cielo, son creyentes y ateos, cobardes y temerarios, compasivos y feroces, según que al autor le conviene, nunca según la lógica, ó como se dice ahora, la dinámica de las pasiones.

Lo único que no tienen nunca es sentido común.

Posible es que los explotadores de este género bastardo, tengan aptitud para espaciarse en las regiones serenas del arte; pero si la tienen, no harían nada de más en demostrarlo.

Es raro, sin embargo, que el que siente dentro de sí el *quid divinum*, se haga completamente el sordo á su voz.

Conste que no nos referimos á ninguna obra determinada, sino al gusto y al espíritu que informa una gran parte de las producciones escénicas que se representan; á una especie de epidemia mal sana que convierte nuestro teatro, no precisamente en una sala de disección, porque para esto se necesita arte, sino en una verdadera carnicería.

Sabemos que las muchedumbres suelen tener manías feroces. Quizá, si bien se examina, la corriente que lleva al público á presenciar estas exhibiciones, es la misma que le arrastraba en otro tiempo á ocupar las gradas del anfiteatro para presenciar cómo los cristianos eran devorados por las fieras.

Aquí los cristianos son generalmente la moral y el arte, y en rigor el espectáculo viene á ser el mismo.

Lo que en medio de todo nos duele, es que algún escritor que cosecha precisamente en estos días laureles á cargas, y nacido á todas luces para más nobles empresas, se deje arrebatar por el vértigo que lamentamos, poniendo al servicio del mal gusto dominante cualidades nada vulgares é ingenio bien templado.

La ambición de los fáciles triunfos no es propia de los entendimientos generosos, y el autor que no sabe luchar contra la corriente, no ha nacido para la posteridad.

Después de todo, el público no es nunca completamente insensible á la belleza, y aún en este mismo año, hemos tenido ejemplos que demuestran que también sabe aplaudir lo bueno cuando se le impone con las galas del arte y la autoridad del talento.

Volveremos á este asunto cuando podamos hacerlo con más detenimiento. Ya que las corrientes siempre inconstantes del favor público parecen hoy inclinarse al teatro nacional, fuerza es que consagremos á esta materia, que influye tanto en la cultura y en la moral de un pueblo, la atención que merece.

Por de pronto consignemos un hecho hasta cierto punto consolador. Algunos ingenios prètenden llevar la revolución al teatro; volviendo la moral patas arriba; pero por fortuna la cosa no resulta, y lo único que aparece volcado es el buen gusto y el buen sentido.

En uno de los Cuerpos Colegisladores se está discutiendo una ley de caza. El debate ha sido amenísimo. Se ha hablado de las costumbres de la perdiz, del jilguero, de la alondra, de la calandria y del gorrión. Se han hecho curiosas investigaciones acerca de las aves insectívoras y de las que no lo son. Ha habido senador que ha considerado la

caza con reclamo, como un asesinato con todas las circunstancias agravantes de premeditación, ensañamiento y alevosía.

Bueno es que nuestros padres conscriptos se ocupen en hacer un código penal para las aves del campo; pero no sería mucho más útil que se ocupasen en aplicar el vigente á los pájaros que infestan á Madrid?

OVIDIO.

APUNTES DE VIAJE

LOS ADORADORES DE PLUTO

Génova tiene para los españoles recuerdos indelebiles. Nació en ella Cristóbal Colon, que fué el primer español del siglo XVI. Rechazado del suelo donde sin querer vino al mundo, anduvo de pueblo en pueblo, de corte en corte, buscando una nueva patria á quien regalar un nuevo mundo, y sólo la encontró en el pueblo del fraile Marchena, en la corte de Isabel la Católica. El celo por el bien de las almas le movía, y era natural que fuese al fin acogido en la nación más cristiana.

Los genoveses no comprendieron el negocio que les propuso su paisano con el descubrimiento de América, y es extraño, porque si alguna gente ha nacido para negociar, es la de Génova. Rival perpétuo de Venecia y de Pisa, les disputó siempre el imperio del Mediterráneo y del Mar Negro, y cuando ganó la batalla de Melorfa, lo primero que se le ocurrió fué destruir é inutilizar el puerto de esta última ciudad.

Pero así que vieron los genoveses el gran servicio que Cristóbal Colon prestó á su nueva patria, y los raudales de oro y plata que venían del mundo conquistado por los españoles, echáronse sobre ellos como vampiros para chuparles hasta la última gota de sangre; y desde entonces el nombre de genovés en España, vino á sustituir al de judío.

Fueron los genoveses entre nosotros, durante la dominación de la casa de Austria, lo que hoy entendemos por hombres de negocios. Ellos, agarrados, especuladores, y por lo general, de ancha conciencia, tenían que habérselas con hidalgos manirotos, con descubridores tan pobres como audaces; con gente, en fin, tan fastuosa como valiente, en cuyas especulaciones, lo primero que ponían era la vida, y lo último que sacrificaban, el pundonor.

Halló, pues, Génova en España las Indias soñadas por Colon, y se enriqueció con nuestras glorias.

El genovés ha cambiado desde los tiempos en que escribía Quevedo:

«Yo la quiero como debo,
Y un genovés como paga.»

Mas no ha mudado de condición: es siempre el mismo, va derecho á su negocio, y no tiene entrañas cuando le estorban para hacer dinero. Donde el genovés no saque un real, de seguro no hay un ochavo.

La codicia no es en Génova un vicio; puede que no llegue á ser siquiera una pasión; pero es un hábito, una segunda naturaleza, que á veces toma las apariencias hasta de virtud. Este hábito no es propio y exclusivo de la gente comerciante, sino, generalmente hablando, de todas las clases de la sociedad.

Un amigo mio buscaba casa para establecerse en la ciudad, y se brindó á prestarle este servicio un genovés á quien estaba muy recomendado y le trataba con intimidad. Era éste, no hay que decirlo, persona decente y de cierto viso en aquella capital; le indicó un cuarto, le acomodó al que lo necesitaba, y el genovés le pidió y le llevó sencillamente un tanto por ciento de comisión. Mi amigo, entre tanto, anduvo viendo cuartos desalquilados: parecióle bien uno de ellos, y le preguntó al dueño cuánto valía. Este, que era un judío de religión (porque de costumbres en Génova lo son casi todos), le contestó:

—No, señor, no le digo á usted el precio.

—¿Por qué?

—No tengo valor para ello.

—Es decir, que usted mismo reconoce y confiesa que es exorbitante.

—¿Qué quiere usted? Se va usted á aturdir; pero no tengo valor para pedir menos de dos mil francos. Mi arquitecto le dirá á usted que vale mil y quinientos; pero á mí me faltan las fuerzas para pedir menos de dos mil.

Este diálogo es textual. La habitación no valía siquiera mil docientos.

Otro rasgo del mismo género. Un español establecido allí cuando yo pasé por aquella ciudad, quería mudarse de casa, y aunque tenía el contrato por dos años, había buscado un inquilino del país que ofrecía al casero más garantías de estabilidad que el español. El subarriendo parecía fácil, y era, bajo todos conceptos, ventajoso para el propietario. Pero éste, que es uno de los nobles del país, y lleva un apellido de Dux, conociendo la necesidad que el español tenía de mudarse de casa, trató de sacar partido para sus intereses y le pidió cuatrocientos francos por el traspaso.

El español le dijo:

—En mi tierra no son desconocidos estos negocios; se trata allí, como en todas partes, de sacar todo el producto posible de las fincas; pero allí al menos hay cierto pudor, y se busca cualquier pretexto para el negocio; y usted no me expone razón ni motivo alguno para pedirme ese dinero.

—¿Qué quiere usted? le contestó el noble de antigua raza; ¿un pretexto? Pues bien, me gusta usted mucho, y estimo en cuatrocientos francos el sentimiento que tengo de desprenderme de un vecino tan bueno y amable como usted.

Trata cualquiera de casarse con una genovesa; si en el novio interviene una tercera persona, ésta reclamará siempre el tanto por ciento de la comisión.

Un quidam, un calavera, extranjero, por más señas, obsequiaba á una señorita de buena familia, y aunque casado, se daba allí por soltero. El padre de la dama llegó á oler lo del casamiento, y abordó la cuestión con el pretendiente.

—¡Ah! le contestó éste, los que han ido á usted con ese cuento, han oído campanas y no saben dónde. La mujer á quien se refieren, no es mi esposa: la dí palabra de casamiento, pero no he pensado nunca en cumplirla.

—¡Oh! bueno, repuso el padre; y se quedó completamente satisfecho.

El pretendiente de su hija podía legalmente aspirar á su mano; ¿qué más correspondía hacer á su futuro suegro por la felicidad doméstica?

Son los genoveses muy aficionados á vivir en el campo los veranos; las líneas de los ferro-carriles están materialmente festoneadas de quintas y villas encantadoras, pero aunque sean verdaderos palacios, el que á ellos se dirige, generalmente va en coches de segunda clase. Quien se descuida de tomar de primera, es criticado en Génova por vano y ridículo.

Pero en la naturaleza humana no se conocen esos tipos absolutos y perfectos, que suelen pintar los poetas: hay en todos los caracteres verdaderos algo complejo, y á veces inexplicable, que está en aparente contradicción consigo mismo. ¿Quién había de sospechar que esos nobles genoveses de comisiones, del tanto por ciento, y de coches de segunda, esa gente que considera como vanidad ridícula la comodidad excesiva, había de tener palacios reales para vivir en una población en que las habitaciones son carísimas, y más que para vivir, para ostentación y lujo? Nada más cierto, sin embargo, por más que nada me haya parecido tan chocante y raro.

Entremos en detalles. Este pueblo de ciento cincuenta á doscientas mil habitantes, tiene cuarenta y tres palacios principales. Cada uno de ellos es un monumento arquitectónico, y es además un museo de pinturas. La fachada no sorprende quizás, porque los ojos en Italia se acostumbran luego á lo monumental, pero si pasamos del vestíbulo, ¡qué escalinatas! ¡qué mármoles tan ricos! ¡qué gallardía y grandeza en el trazado y los adornos! ¡Qué pinturas al fresco en otros alcázares, qué jardines! Subamos al piso principal y encontraremos preciosas medias naranjas, galerías y mármoles por todas partes.

Esos palacios están principalmente situados en la *Strada Nuova* y *Strada Nuovissima*; la primera de estas calles se compone casi exclusivamente de ellos. El extranjero puede entrar y recorrerlos cuando se le antoja, pidiendo permiso al portero,

que le acompaña, le da un guía, esto es, un folleto elegantemente impreso, y le abre los salones, el gabinete y la biblioteca. Claro es que los genoveses tienen estos palacios por ostentación y gozan en que el público se entere y admire de sus riquezas; porque sus mismos dueños, despojándose de su investidura de Dux, expresan el jugo á sus inquilinos como caseros, y son muy difíciles, casi inaccesibles para el trato social.

El extranjero recién llegado, que el primer día, y mediante la correspondiente propina, entra, como á mí me sucedió, en el palacio Durazzo, y sorprende en un velador el devocionario de la señora que acaba de llegar de misa, se pasará años y años sin haberse acercado al seno de la familia. Al revés que en España, donde los grandes salones no se abren más que para los convidados, y no hay nadie, por humilde que sea, que no pueda entrar hasta el despacho de los antiguos nobles.

El tipo genovés, diseminado ya por todo el mundo con el nombre de hombre de negocios, es uno de los que más fuertemente caracterizan la sociedad moderna, en la cual, sobre todo pensamiento y afán, descuella el de hacer dinero.

Hoy, el arte es oro, la literatura es oro, oro la política, la revolución y hasta la misma persecución religiosa que tiene por objeto desterrar al Soberano Autor de todo lo criado. Desde que se ha caído en la cuenta de que para hacer negocios inmorales, estorba la ley basada en el amor de Dios sobre todas las cosas y en el amor del prójimo como á nosotros mismos, la primera necesidad ha sido declarar abolida la moral cristiana, sustituyéndola con la llamada moral universal, cuyo dios es Plutón, el dinero.

Este dios tiene una religión que se llama hacer negocios, templos denominados Bolsas y Bancos, fieles, «de cuyo nombre no quiero acordarme», y hasta herejes que rompen la unidad de la ortodoxia con las sectas socialistas y comunistas.

Así como en los pasados tiempos Dios y el honor eran el fondo de la conversación general, los negocios y el dinero son las palabras que más se oyen entre la gente que pasa por las calles. Esta es una de las primeras observaciones que hace cualquier español al salir del país más atrasado de Europa, es decir, del pueblo que es todavía el más católico del mundo.

La religión del oro tiene su estética, que es el realismo, su ciencia, que es hacer al hombre hijo del mono, y su sociedad, que es la gente *cursi*.

Cursis son los que se baten por dar á los negros los mismos derechos y prerogativas que á los blancos, y no se sientan á la mesa donde toma su servilleta un mulato ó cuarteron: los republicanos que se hacen servir por negros ó se desviven por una corona de conde ó marqués en su carruaje, por un escudo de armas siquiera; los que hacen su negocio declamando contra los antiguos nobles y antiguos ricos y afectan luego gustos, modales y aire arcáicos y aristocráticos.

Así como de la Edad Media surgieron los hidalgos y caballeros, mezcla grandiosa de idealismo y de orgullo, de religión y de pundonor, de la edad moderna brotan los ricos que especulan por céntimos con los fondos del Estado y de los menesterosos, para gastar por billetes de banco en goces materiales; nacen las Zapaquillas, convertidas en damas, que no pueden contener sus instintos gatunos al ver pasar un ratón por la alfombra de sus salones.

En esto me fundo para creer que el sello genovés imprime carácter á la sociedad moderna. Mezcla confusa de mezquindad y despilfarro, de palacios y de tanto por ciento, de amor al arte y de afición al interés; para los hombres de negocios la familia está en el comedor, la felicidad conyugal en las cuentas de la modista, la educación de las hijas en las *soirées* y Dios en ninguna parte.

No hay más, sino que Dios manda á cada compuesto humano, á cada casa de alma racional un huésped muy exigente, tenaz y pegajoso, que se llama conciencia, la cual se aprovecha de todo disturbio, de todo peligro para hablar de Dios y su decálogo, aun á los modernos.

¡Bah! Pero entonces hacen éstos con Dios lo que los genoveses con Cristóbal Colón: después de haberle rechazado de su tierra, le levantan una estatua.

El rico moderno funda un hospicio, levanta un altar en su aldea, dota una escuela de párvulos ó

un albergue de perros inválidos, ó de caballos enfermos... y sigue haciendo negocios.

Los genoveses, dice un elegante escritor y observador habilitísimo (1), «hoy, que gracias á la revolución han olvidado el noble ejemplo de sus antepasados, cuidándose sólo de enriquecerse, se ven reducidos á la servidumbre y la pobreza».

La pobreza y la servidumbre son el castigo providencial de todos los adoradores del moderno Plutón.

Con mucho sentido moral, la mitología antigua hizo al dios de las riquezas, rey del Averno.

FRANCISCO NAVARRO VII LOSLADA.

LA VIRGEN SANTÍSIMA Y EL ARTE CRISTIANO

Apuntes para un libro sobre la influencia del Catolicismo en el Arte

IV

LA AURORA DEL ARTE CRISTIANO.

Toda la poesía del cristianismo parece condensada en el culto tributado á la Madre de Dios, del cual puede decirse que se remonta á los primeros días del mundo, porque con la fé en el Mesías prometido se propagó también por la tierra la veneración á su futura Madre. Las Santas Escrituras, llenas del Espíritu Santo, son el primer jardín donde debemos buscar las flores consagradas á María; y es de advertir que los patriarcas y profetas han dado el tono, por decirlo así, para cantar las alabanzas de la Virgen Inmaculada, pues el lenguaje alegórico y pintoresco de la Biblia raya en lo más sublime y delicado al anunciar á la Eva reparadora, á la que pintan tan hermosa como el lirio entre las espinas y como los rosales de Jericó, tan majestuosa como la palma de Cadés, tan agradable como el fruto del naranjo, tan dulce como la granada, tan tierna como la tórtola y tan graciosa como la paloma. «¿Quién es esta que se adelanta, pregunta el apasionado amante del Cantar de los Cantares, como la aurora al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, con la terrible majestad de los escuadrones ordenados?... Es semejante al humo aromático del incienso y la mirra.» Y llenaríamos muchas páginas si tratásemos de recoger aquí todas las alabanzas tributadas á la Virgen Santísima por los libros santos, alabanzas con que el Artista divino iba preparando un trono de gloria á su bendita Madre, para que se postrasen ante ella las generaciones cristianas.

A este culto de esperanza concurrían también los mismos pueblos idólatras, entre los cuales se conservó siempre viva la tradición primitiva de la redención futura, obrada por medio de una Virgen Madre en quien el cielo había depositado tesoros de gracias. Y ya hemos advertido cuánto contribuyó esta tradición, aunque confusa y vaga, á levantar la inspiración de los artistas gentiles, en cuyas obras puede encontrarse la huella de los misterios cristianos, como advertía Tertuliano. «¿De dónde pudieran sacar vuestros poetas, decía el elocuente apologista, la idea de ficciones tan parecidas á nuestros mismos misterios, sino de misterios que son más antiguos que ellos? Nuestros misterios, pues, son mucho más creíbles que lo que no es más que sombra y figura de ellos. ¿Los poetas y filósofos pueden acaso ser los inventores? Entonces había que confesar que nuestros misterios son la figura de lo que es posterior á ellos, lo cual es contrario á la esencia de las cosas; pues la sombra no es antes que el cuerpo, ni la copia es antes que el original (2).»

Pero cuando el culto de la Santísima Virgen adquiere todo su carácter, es cuando puesto ya el sol de justicia en el sangriento horizonte del Gólgota, la *Estrella de los mares* comenzó á reflejar sus rayos purísimos sobre el mundo regenerado. La cuna del cristianismo tuvo á la Virgen por amparo y abrigo tan seguro, que según dice Orsini, á quien seguimos en este punto, fué la columna luminosa que guió los primeros pasos de la Iglesia naciente. Los evangelistas acudían á pedirle luces,

(1) PEREZ VILLAMIL.—La peregrinación española en Italia—1877.
(2) Apolog., c. X.

los apóstoles valor y constancia, los conversos fuerza para llevar la cruz de Jesucristo, y todos los fieles la colmaban de bendiciones y alabanzas (1).

A qué extremo debió llegar la belleza de este culto, no hay para qué decirlo. Baste considerar, que consumado el misterio de la Redención en el Calvario, la Virgen Santísima que sobrevivió algunos años al cruento sacrificio de su Hijo, concentró en su sagrada persona todo el amor de los primeros cristianos. María en el Calvario, fué declara-

(1) *Historia de María*, lib. XVII.

rada nuestra Madre en la misma proporción en que tenemos á Dios por padre y á Jesucristo por hermano. Esta maternidad de María, fúndase por una parte en el testamento de Jesucristo agonizante, cuando dijo á San Juan *Ecce Mater tua*, y por otra en la sublime cooperación de la Virgen en el misterio de la redención. Imagínese ahora la belleza de un culto semejante, en que se fundiesen al calor positivo de la Madre de Dios, todos los afectos de los fieles cristianos, nacidos de la sangre humeante de nuestro Señor Jesucristo, derramada por nuestra salud. El arte cristiano, en sus vuelos hacía

la belleza de este culto, ha llegado á regiones de sublime grandeza, y apenas podría citarse un gran pintor que no haya procurado sorprender alguno de los momentos de esta veneración primitiva y personal, en la que todo es misterioso y solemne, como que se celebra entre las sombras augustas del Calvario que se desvanecen y la claridad inefable de la Iglesia que brota de la sangre del Justo.

Aunque no hay documento escrito que lo acredite, es de creer que la Santísima Virgen visitaba diariamente los lugares de la Pasión, y ved aquí una serie de cuadros admirables, sin duda muy su-



HUERTO DE GETSEMANÍ

periores á las facultades del arte. Porque la Madre del Justo no iría sola; con ella irían por lo menos otras madres que se compadecerían de sus dolores y de su soledad; y allí, sobre la tierra empapada aún en la sangre de Jesucristo, sobre las rocas dislocadas aún por el terremoto del día del sacrificio, bajo los olivos testigos del sudor de muerte de Dios vivo. ¿Qué tributos de veneración no rendirían á la Santísima Virgen, y qué escenas de amor no ocurrirían capaces de embriagar á los ángeles del cielo? El arte no agotará nunca este manantial de

riquezas, en el cual la mente humana se confunde y anonada como abrumada bajo el peso de las maravillas de la religión y de los misterios de la gloria.

Muerta la Santísima Virgen y trasportada á los cielos, su culto fué propagándose con la luz del Evangelio por toda la tierra. Los Apóstoles y primeros panegiristas de la Iglesia naciente, contribuyeron á este resultado, repitiendo las alabanzas de aquella Mujer incomparable, de quien habían recibido ejemplos sublimes en los tremendos días de la Pasión de Jesucristo. Ya se comprende que no

vamos á hacer aquí la historia de este culto, que es la historia entera del cristianismo, y por eso recogeremos los principales rayos que brotan de esta historia, para demostrar lo que aquí directamente nos incumbe, la belleza del culto de la Virgen en el arte cristiano.

..

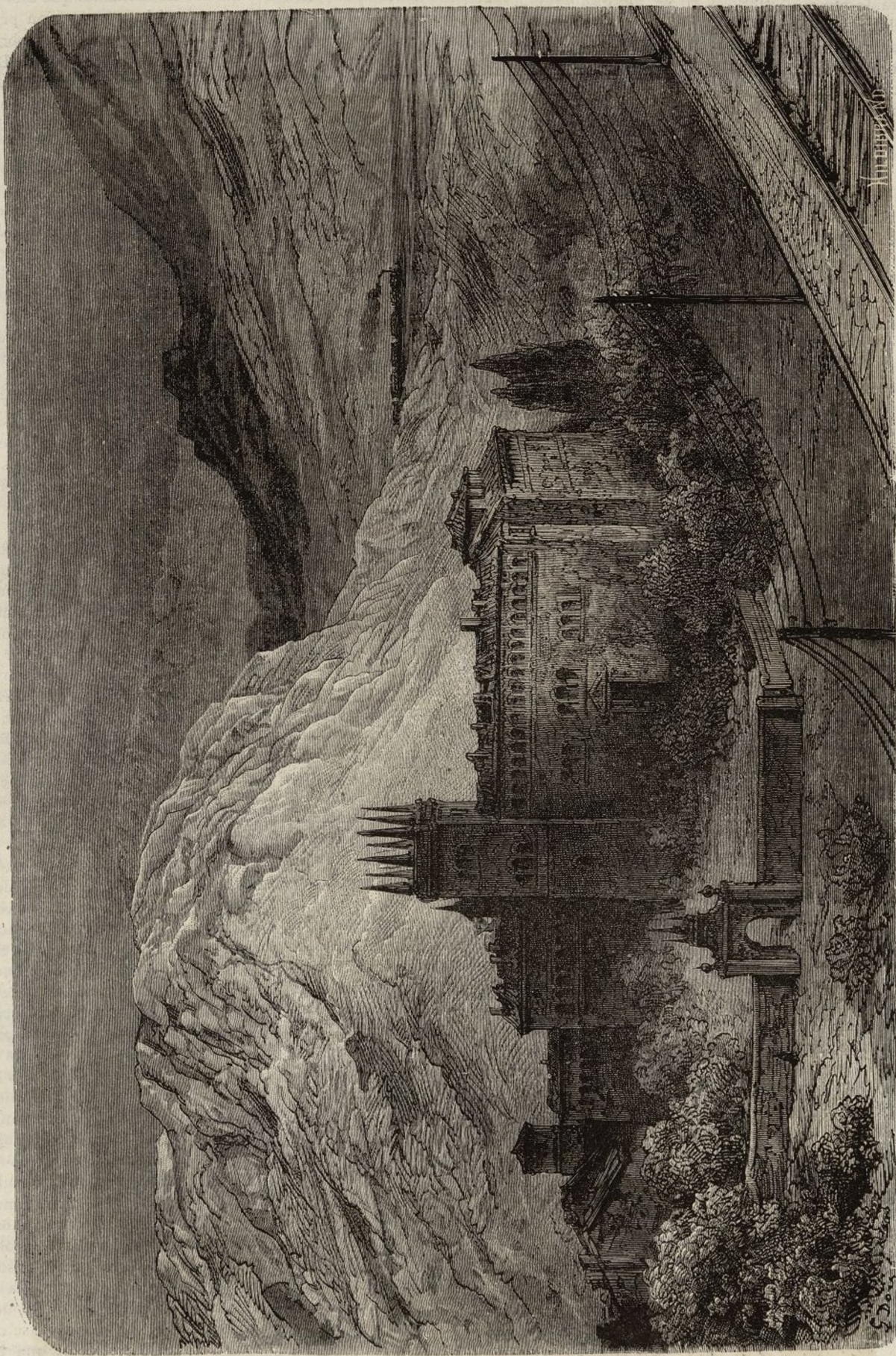
Si la Virgen Santísima es reina de la belleza, la historia de su culto debe ser el espejo del arte. Y

así es la verdad. Anunciada desde los primeros días del mundo, su imagen, es decir, la de la mujer privilegiada, en quien Dios había puesto su amor para redimir por ella al género humano, es el asunto capital de todos los artistas, así gentiles como cristianos. Claro está que entre las sombras de la sociedad pagana, en que los rayos de la tradición primitiva eran tan pálidos, la imagen de la Virgen no

pudo ofrecerse tan clara ni tan hermosa como apareció después de consumada la Redención en el Gólgota. Envuelta y confundida con las fábulas más groseras de la idolatría oriental y griega, la idea de una mujer soberanamente hermosa, nacida como una perla de la espuma de los mares, colmada de gracias y coronada de flores, superior á las demás mujeres, reina del Olimpo y madre de los dioses,

aparece irradiando sobre la mente de los artistas, que con nombres y formas diferentes procuran reproducirla en las estatuas de sus templos.

Trabajo cuesta creerlo, pero es evidente que la representación de Vénus fué en manos de Fidias el símbolo de la pureza. Las Vénus de este príncipe de la escultura griega, estaban vestidas, y por lo que de ellas nos dicen los escritores antiguos,



REAL EX-MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE BUGEDO



sabemos que inspiraban sentimientos de pudor y recato á los jóvenes atenienses (1). Ya se comprende que en medio de aquella sociedad pagana, este tipo del pudor natural, había de decaer y extraviarse hasta llegar al extremo contrario de la liviandad más impúdica y escandalosa. Pero no sucedió de repente, porque desde Fidias hasta Praxiteles, hubo un período en que las imágenes de Vénus se representaron medio vestidas, dejando sólo descubierta la parte superior del cuerpo, como aparece

en la famosa Vénus de Milo, que pertenece á esta época. El manto del pudor iba cayendo á medida que la sociedad se relajaba y el arte se prostituía, hasta que vino la desnudez completa de las Vénus de Praxiteles, y las más escandalosas aún de sus discípulos, que alcanzaron la ruina de Grecia.

Rivalizando con Vénus en la importancia artística, aparece Minerva, nacida de la cabeza de Júpiter, madre de las ciencias y de las artes. La obra capital de Fidias, fué la estatua de Minerva, tan pudorosa y bella, que muchos arqueólogos cristianos han sospechado si ciertas imágenes primitivas de la Virgen serían concebidas según el tipo de la Minerva griega. El Padre Toulemont, en sus artículos sobre «la Virgen Santísima y el Arte Cristiano», publicados en los *Estudios Religiosos* de Lyon, pregunta: «¿No habrá sido Minerva, en cierto modo, la figura de María, como es Orfeo la figura de Jesucristo?»

Y á poco que se profundice en las alegorías clásicas, se hallarán otros muchos rastros de la figura de María, que, como el sol, antes de salir al horizonte, iluminaba con brillantes destellos el arte de los pueblos gentiles, sentados en sombras de

Y á poco que se profundice en las alegorías clásicas, se hallarán otros muchos rastros de la figura de María, que, como el sol, antes de salir al horizonte, iluminaba con brillantes destellos el arte de los pueblos gentiles, sentados en sombras de

(1) Véase la *Introducción* á *L'ART CHRÉTIEN*, de A. J. Rio.

muerte. Diana, diosa de la castidad, á quien los paganos representaban rodeada de vírgenes, y coronada por la luna; Vesta, hija del cielo y de la tierra y madre de los dioses, cuyo culto estaba confiado á doncellas, y á quien figuraban cubierta con rico manto de flores, son otros tantos vislumbres del sol de gracia que habia de venir á purificar el mundo pagano de la corrupcion y de la idolatría.

Estas divinidades, por absurdas que sean, y por mucho que se adulterasen sus fábulas primitivas, ejercieron cierta influencia benéfica en el arte griego y latino, el cual, atraído por tan pálidos reflejos de la verdadera belleza, pudo preservarse por algun tiempo de la bajeza y liviandad de las costumbres gentiles, que por último le absorbieron. Y no cerraremos estas indicaciones, que exigirían mayor desarrollo, si la índole de este trabajo lo consintiera, sin hacer otra que comprueba á vista de ojos cuanto dejamos dicho.

El viajero, que falto de los conocimientos suficientes para comprender el arte clásico, visite el museo de escultura del Vaticano, creará ver entre las mutiladas estatuas que lo enriquecen muchas y muy bellas imágenes de la Virgen. Multitud de estatuas verdaderas de María Santísima hemos visto nosotros en los altares, que no llegan ni con mucho á la expresion recatada y pura de algunas de estas figuras de la escultura clásica. Por esto los artistas del Renacimiento, tan enamorados de la belleza plástica, no hicieron muchas veces sino copiar estas figuras en lienzos y mármoles consagrados á representar la Madre de Dios. Y el observador atento puede muy bien seguir estas imitaciones en las obras del arte cristiano, sin exceptuar aquellos que la devocion de los siglos han honrado con veneracion continua y entusiasta.

No es esto decir que nosotros aplaudamos semejantes imitaciones, nada de eso; creemos que los artistas cristianos deben aspirar á mayor altura, y no contentarse con los rayos inseguros y pálidos de la tradicion primitiva, reflejados en algunas obras del arte pagano. Despues de haber alumbrado al mundo el sol de gracia, y de haber sido restauradas todas las cosas en Cristo, segun la expresion de S. Pablo, el arte debe tender su vuelo por regiones de luz y de vida, y no arrastrarse por entre las ruinas de la civilizacion griega y romana. Si los destellos apenas perceptibles de la belleza de María Santísima, que estaba anunciada á los hombres y se acercaba por las regiones de Oriente, pudo contener la natural corrupcion del arte pagano, inspirando tipos de majestad y pureza al genio de sus grandes artistas, ¿qué no debemos pedir al arte cristiano para quien brilla en toda su luz la belleza de la Virgen Inmaculada? Y en efecto, el arte cristiano ha producido tipos de belleza que no conocieron los Apeles ni los Fidias, tipos en los cuales se refleja la eterna belleza de Dios, dando á la piedad de los fieles una como apariencia de la Jerusalem celestial, donde tiene su trono el amor infinito de glorias y deleites rodeado, segun la frase de nuestro fray Luis de Leon.

Y de todos estos tipos el más original y hermoso es el de la *Virgen Madre*. Porque el arte antiguo, si supo representar á la esposa, á la madre y á la Virgen, no pasó de ahí; estaba reservado al Cristianismo el crear este tipo nuevo de la Virgen Madre, en el cual se condensan por maravillosa manera todas las excelencias de la mujer, y del cual habia de sacar el arte tanto fruto para sus obras más perfectas. El arte cristiano gira alrededor de este tipo de belleza. José de Maestre ha dicho que la figura de María sería la desesperacion y el objeto más querido del arte moderno en todo su vigor; la experiencia así lo demuestra, pues sobre este tema han trabajado todos los grandes maestros, y con ser inaccesible, segun veremos luego, ha sido manantial inagotable de obras maestras en que se recrean y extasían las generaciones cristianas.

(Se continuará.)

CATEDRAL DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

No es ciertamente la Rioja la comarca de España que menos timbres puede ostentar, así en el curso de los acontecimientos históricos, como en las puras y tranquilas esferas del arte.

Si las ruinas y monumentos de Tritium, Lybia y Calagurris, con otros muchos más que allí existen, nos recuerdan el engrandecimiento y las miserias del antiguo coloso, que al dominar nuestro suelo no consiguió otra cosa que esculpir con oro en la historia la gloria y el heroísmo de nuestros antepasados; si las pintorescas comarcas de Albelda y Clavijo, nos ofrecen todavía restos preciosos de los inmortales triunfos alcanzados por las banderas cristianas sobre las triunfadoras huestes de Abderraman y sus caudillos; si aún nos manifiesta la vetusta ciudad de Nájera los vestigios de la grandeza de la monarquía navarra, la piedad y la ambicion de D. García, el desgraciado de Atapuerca, y las señales de la sangrienta guerra sostenida por D. Pedro I de Castilla con su hermano D. Enrique de Trastámara; también encontramos y pueden recordarse con orgullo, artistas ilustres como el arquitecto Santo Domingo de la Calzada, los escultores Nicolás y Andrés de Nájera, autores de la célebre sillería de Santa María, Margubete, natural de Santo Domingo; Alvarado, que trabajó en Briones, y pintores como Fr. Vicente, monge de la Estrella, y el famoso Navarrete *el Mudo*, natural de Logroño y discípulo del anterior, de quienes dentro y fuera de aquel país existen bellezas artísticas de inapreciable valor. Esto sin contar con Margótedo, Gallego, Irabru, Vascardo, Arismendi, cuyas obras se ven en Briones, Nájera y Fuenmayor; Rodolfo, Aparicio, Espinosa, Lucas Jordán, Alvarez, Vexes y otros que trabajaron en San Millán, Logroño y otros puntos; todos los cuales por desgracia no son tan conocidos y admirados como verdaderamente merecen.

Pero nosotros, dejando aparte estas glorias de aquel conocido país, no vamos á ocuparnos ahora más que de una sola ciudad, cuya existencia no data más allá del siglo XI, y la cual, si no encierra preciosidades numerosas, ofrece sin embargo obras y monumentos de reconocida importancia, pertenecientes á la edad Media, Renacimiento y tiempos modernos, que indudablemente merecen el honor de ser conocidos de nuestros lectores. Comenzando por la catedral, muy distinguida por privilegios apostólicos, muy importante hasta nuestros tiempos por sus riquezas, y muy frecuentada siempre por la universal y ferviente devocion á su santo patron y fundador, tenemos que manifestar sinceramente que no es un edificio de primer orden tan primoroso como las góticas de Burgos, Leon ó Sevilla, ni como las bizantinas de Avila, Salamanca y Zamora; pero que no por esto deja de presentar interés señalado para la historia del arte español, principalmente porque su fábrica nos descubre todavía la diestra mano de Santo Domingo de la Calzada, y porque el resto del edificio pertenece en su mayor parte al período de transicion del estilo bizantino al ojival. Su planta ofrece una marcada irregularidad, que se descubre singularmente en el crucero, si bien el pensamiento dominante ideado por el artista, es la cruz latina que aparece desvanecida en uno de sus brazos á consecuencia de construcciones posteriores de estilo gótico de escasa importancia.

La fábrica es de piedra sillar, rodeada exteriormente por sencillas bandas lombardas con contrafuertes y botareles góticos en la parte superior y más moderna del ábside; pero ni su conjunto, ni su ornamentacion externa, ni su aspecto general presentan la regularidad y perfeccion de otros edificios de la misma clase, ya sea por su extremada sencillez, ya por la agregacion de otras obras secundarias, que impiden abarcar el conjunto de todo el edificio.

La parte más antigua se encuentra sin duda alguna en la fábrica exterior é inferior del ábside, que es de puro estilo bizantino del siglo XI, en lo poco que de él se conserva, pues sobre estar mutilada mucha parte de su ornamentacion, se halla casi todo enterrado entre varias capillas abiertas á su alrededor en los siglos XV y XVI. Lo que aparece descubierto presenta una serie de arcos de medio punto con las aristas vivas y largas, y estrechas aspilleras en su centro, columnitas bizantinas a los lados con variados capiteles, unos sencillos, otros con deformes mascarones, y otros historiados con las figuritas rígidas y desproporcionadas, pliegues y cabellos completamente paralelos, su actitud envarada y calmosa, con canecillos caprichosos en la cornisa, en una palabra, con todos los caracte-

teres artísticos distintivos del citado siglo. Si á esto añadimos que la forma circular de dicho ábside y su pequeña elevacion, salva la construccion moderna edificada sobre él, revelan una obra primitiva, cuya planta debió ser análoga á la de muchas iglesias bizantinas de Asturias y Leon; y que segun una sentencia judicial dictada en 1175 (archivo de la Iglesia letra S), consta que el rey don Alonso VI dió al Santo el sitio para levantar un templo, colocando el mismo monarca la primera piedra á fines del siglo XI; resultará que no puede dudarse un momento que esta parte de la catedral pertenece á la construccion primitiva, y por consiguiente que es una de las obras que se conservan del insigne arquitecto Santo Domingo de la Calzada.

El resto del edificio, que indudablemente se levantó aprovechando en lo posible la iglesia primitiva, corresponde en general al estilo de transicion ya indicado, á excepcion de la parte superior del ábside, que es del siglo XV, segun se desprende de sus nervosidades y adornos, del crucero y sus dos columnas y de la gran capilla del Santo, que como dijimos, son también góticos, de poca importancia, y producen irregularidad en el conjunto. Aunque se observan los puntos de difícil amalgama de ambas clases de obras, no hemos podido averiguar la causa de esta construccion posterior, inclinándonos á creer que tal vez el brazo derecho de la planta antigua, dentro del cual debia hallarse el sepulcro del santo fundador, fuese muy reducido para la importancia religiosa que á este objeto corresponde, te para contener la multitud de peregrinos y gené- insuficientes que en aquellos tiempos le visitaban, por lo cual se haria necesario dar á esta parte una conveniente ampliacion.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto, que el estilo dominante pertenece al siglo XII, y que su arquitectura es sencilla, robusta y de ruda solidez. Consta de tres naves, separadas por pesadas y muy gruesas columnas bizantinas, sobre las que se ven capiteles de variados dibujos unos, historiados otros, siendo notable uno que representa la conduccion de un cadáver próximo al citado sepulcro, y adornados muchos con feísimos mascarones y caprichosos adornos de aquella época. Los arcos son, ya de medio punto revestidos de gruesos toros hasta en las archivoltas, ya ojivales, equiláteros y sencillos, que indican ciertamente el período de transicion al estilo de nuestras célebres catedrales góticas.

En la fachada que debió ser la principal antes de ser oscurecida por una construccion militar del siglo XIV, se hallan la puerta del Cristo, formada por una serie de gruesos toros colocados en disminucion ojival á lo largo del vano de la pared, y la gran ventana ú ojo de buey, que es circular, sin division alguna y extremadamente sencilla. Las demás ventanas de las paredes laterales son también ojivales, sencillísimas, á excepcion de tres próximas al paño principal que son geminadas, lo cual indica que esta parte de la obra tocaba ya á fines del siglo XII, y que el arquitecto que la dirigia empezó á conocer los adelantos que por este tiempo experimentó el arte que tantas maravillas habia de producir en los tres siglos siguientes. La puerta que hoy es principal, es greco-romana, y ofrece un aspecto sencillo y bastante agradable.

Este exámen se halla confirmado por los datos históricos autorizados que hemos podido recoger, segun los cuales, habiéndolo el obispo D. Rodrigo Cascante expresado á D. Alonso VIII, que visitó en 1168 el sepulcro del Santo, la necesidad de ampliar la iglesia primitiva á fin de que el sepulcro construido fuera de ella quedase comprendido dentro y pudiera establecerse una colegiata; el monarca aceptó la idea, comenzándose en seguida las obras necesarias, que duraron diez y seis años, al cabo de los cuales quedó terminada la actual iglesia y organizado canónicamente su cabildo colegial. Los honores de catedral y su union á la de Calahorra, fueron concedidos por Gregorio IX en 1234, á petición del obispo D. Juan Perez.

Continuando la descripcion de la iglesia, nos encontramos con los claustros, cuya fábrica es de ladrillo, formando sencilla ojiva, con caracteres de estilo mudéjar en uno de los paños exteriores. Se hallan algo ruinosos, y en las varias capillas que les circundan nada de particular puede advertirse. Fueron contruidos, segun se lee en una lápida

sepulcral que existe al lado izquierdo del altar mayor, á expensas del Obispo D. Juan, que falleció en Enero de 1384. Entre las capillas de la iglesia, únicamente citarémos la sepulcral del Santo, formada por un airoso templo gótico del siglo XV, con algunos adornos platerescos, y la de la Magdalena, del mismo estilo ojival, profusamente decorada con cresterías, calados y otros brillantes adornos.

IGNACIO ALONSO MARTINEZ.

(Se continuará.)

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

—El tal Malbrouk,—proseguía entre tanto Lapierre,—no se ha curado nunca del mal de infierno. Ha hecho las mayores ignominias con la pobre mujer, que por un milagro de Dios no ha cogido la enfermedad. La señorita Blanca y el señor conde se interesaban por ella. El señor conde consiguió hacer encerrar á Malbrouk en el asilo de los franciscanos...

—¿A quién llama V. el señor conde?—preguntó Pichenet.

—Al marido de la mayor,—respondió Lapierre,—al conde Enrique de Lacuzan.

—¡Ah!—exclamó el joven.—Se ha casado!

—Sí, hace cinco años.

—¿Y es feliz?

Pichenet no pudo contenerse de hacer esta pregunta. Lapierre le volvió á mirar con extrañeza.

—El conde es todo un cristiano y un caballero,—respondió;—pero... no se sabe.

Esta frase, que tan á menudo dejaba escapar de sus labios el viejo jardinero, tenía una fisonomía muy particular. Era como el ¡ay! de fatiga de un hombre que se ha cansado en adivinar un enigma, y que echa la lengua á los perros, según la expresión popular.

—No, no,—continuó Lapierre,—no se sabe. Yo he visto llorar á la señorita Blanca, cuando siempre se estaba riendo... ¿Y dónde está ahora la señorita Blanca? El conde está más descolorido que un agonizante. Y todos los rumores que corren... Mas volvamos á aquella buena mujer, ya que parece usted interesarse por ella... Cuando vinieron á coger al pijo de Malbrouk para conducirlo al hospital de los franciscanos, estaba como rabioso. Fué menester ponerle la camisa de fuerza. Decía que era la Chaumel la que tenía la culpa de que le llevarán y gritaba: «¡Yo volveré! ¡Ya vereis arder todo esto!» Y según pasaba, apretaba los puños amenazando contra las ventanas del palacio y gruñendo: «¡Ya vereis, ya vereis! Cuando vuelva todos han de tener que sentir!»

—¿Y ha vuelto?—preguntó el joven médico.

—De esto hace ya algo más de dos semanas. Sí, se escapó del hospital de los franciscanos, y metió miedo á todo el mundo por la ciudad con su máscara negra y sus largos miembros de esqueleto. Porque ya no se ven apenas máscaras negras por las calles, desde que se las encierra en el hospital. Se escondió entre las salgueras de la orilla del río hasta la noche; y á la noche vino á poner fuego á la choza.

—¿Y la Chaumel?—preguntó Pichenet con voz ahogada.

—La Chaumel,—respondió Lapierre,—estaba dentro.

La terrible sencillez de esta respuesta aterró á Pichenet como si le hubieran dado con un mazo.

—Mas hay quienes dicen,—añadió el jardinero,—que se salvó por el cercado de la Abadía... no se sabe.

Pichenet se irguió tan alto como era, exclamando:

—¿Se ha salvado mi madre!

El anciano jardinero le cogió por un brazo y le volvió cara á la luz.

—Mire usted, mire usted...—murmuraba;—pero no... pero sí... en realidad no se sabe...

Este pobre hombre se había hecho más escép-

tico que Pyrrhon. Y para decirlo de una vez, lo que había lanzado su espíritu en este abismo de dudas era el horrible concierto de habladurías que rodeaba desde hacía algún tiempo el palacio de Noyal. Realmente había pasado algo misterioso en la familia; pero merced á las vizcondesas por un lado, y por otro merced á Guillermina Barbedor, á Mormichel, á las cinco revendedoras Trecoché, á Vive, á Badabreux y á otros de la misma laya, las suposiciones, las afirmaciones, las contradicciones se multiplicaban con tal furia alrededor de este enigma, que la ciudad entera se volvía loca.

—Me ha dicho usted,—dijo Pichenet,—que mi madre se había salvado.

—¿Y quién lo sabe?—dijo el jardinero.

—¿Mas por quién podría yo saberlo?

—¿Por quién? ¡Oh! Por todo el mundo... Sólo que habrá diez que le dirán á usted que sí, y luego otros diez que dirán que no... Hay, sin embargo, un lugar... pero allí no se entra...

El jardinero bajó la voz al pronunciar estas palabras últimas.

—¿Qué lugar?—exclamó Pichenet apretándole las dos manos.

Lapierre miró todo en redor con aire temeroso, y concluyó por contestar:

—La Sepultura de Terciopelo.

Pichenet repitió estas cuatro palabras, que no tenían para él sentido alguno.

Lapierre no hablaba ya.

—Yo no conozco ningún lugar que se llame así,—dijo al cabo Pichenet.

—Es que en el tiempo en que usted estuviera aquí,—replicó Lapierre,—ese lugar tenía otro nombre.

—¿Qué nombre?

—El castillo del Grail.

—¿Y por qué se le ha llamado la sepultura de terciopelo?

—¿Por qué?...—replicó Lapierre.

Y meneó lentamente la cabeza.

—¿Es porque María de Noyal...—comenzó á decir el joven.

—Con razón llaman al señor conde Barba-azul,—refunfuñó el jardinero.

—¿Es decir que es muy desgraciada?

Lapierre puso la mano sobre el cerrojo del postigo, y respondió con énfasis:

—No se sabe.

Después empujó la puerta y desapareció.

XIV

Primer conciliábulo.

—...Ahí teneis toda la verdad,—dijo el portero Vivé con aire grave:—no seré yo quien os diga mentiras ¿estamos?... No tengo yo la costumbre de hablar lo que no sé... Eso se queda para los charlatanes y para los que no tienen una posición fija... pero yo, ya es diferente: yo soy un hombre establecido y de confianza; yo...

—¡Barba-azul! ¡Barba-azul! Háblenos usted de Barba-azul,—le interrumpió el coro.

El coro estaba compuesto de Guillermina Barbedor, soprano-agudo; de la señora de Soliman, mezzo-soprano; de las cinco señoritas Trecoché, contraltos; de Mormichel, tenor agridulce; del señor Soliman, tenor fuerte, como todos los peluqueros, y del caballero Badabreux, solteron y barítono profundo.

El suizo Vivé llevaba la voz de bajo.

Este coro, verdaderamente horroroso, desentonaba en una tienda bastante decente que hacía esquina á la calle de San Jorge, y tenía por enseña:

A la pelota grande y á la gran zanahoria reunidas.

Mormichel-Barbedor, tabaquería-especiería, etc.

Saturnino y Guillermina estaban casados. La obstinación de la solterona había por fin vencido las legítimas repugnancias del contrahecho hombrucillo. Guillermina se llamaba ya la señora de Mormichel. Saturnino había añadido á su apellido en el rótulo el bonito apellido de Barbedor.

—¡Barba-azul! ¡Barba-azul! Háblenos usted de Barba-azul! Vivé se permitió tomar un polvo de la caja de Guillermina, á quien, con todo, no la gustaban demasiado estas prodigalidades. Después de

haber sorbido su toma con aire de verdadera importancia, se sacudió la gola que llevaba como portero elegante.

—Esta es la verdad,—repitió;—un tapicero de Fougères es el que ha tapizado la Sepultura de Terciopelo; porque Barba-azul no se ha atrevido á llamar á un tapicero de Rennes. Yo lo sé por el ofical mismo que ha colocado mil quinientas varas de terciopelo.

—¡Mil quinientas varas de terciopelo!—repitió el coro.

—A veinte francos la vara uno con otro,—añadió Guillermina la calculadora,—hacen diez mil escudos.

Y la señora de Soliman dijo á solo:

—¡Virgen santa! ¡Diez mil escudos de terciopelo!

—Lo que es eso,—repuso Vivé,—no hay duda que es mucho terciopelo, pero no menos se necesita para tapizar un castillo desde los desvanes á las bodegas, un castillo que tiene tantas ventanas como días tiene el año.

Una de las cinco jamonas Trecoché, no puedo decir á punto fijo cuál de ellas, hizo observar que para tapizar un castillo semejante serían necesarias no mil quinientas, sino quince mil varas y más todavía. Vivé miró de través á la interlocutora.

—Si ustedes no quieren que hable,—dijo,—yo no tengo interés en ello. Buenas noches, señores y señoras y compañía.

—No, no, señor Vivé,—cantó el coro.

La Trecoché culpable bajó la cabeza y se calló. Vivé tuvo la bondad de consentir en no privar á la asamblea de sus interesantes noticias.

—Yo pienso,—continuó con un suspiro de sensibilidad,—que la desgraciada y joven esposa no está muerta por entero todavía, por más que nadie la haya visto desde hace más de un mes. Barba-azul se divierte con ella como el gato con el ratón.

—¡Oh!—dijo Saturnino Mormichel,—todo lo que se la puede desear á la pobre señora es que concluya pronto.

—¿Y decir que el ministerio fiscal se ha de cruzar de brazos ante semejantes abominaciones!—exclamó Guillermina.

El coro zumbó.

—¿En qué tiempos vivimos!

Badabreux apenas hacía escuchar su voz. Si se rebajaba á tratar y reunirse con esta gentecilla, era por hacer su acopio de noticias. Pero sólo con las vizcondesas desplegaba toda la extensión trágica y constipada de su garganta.

—Vean ustedes,—continuó Vivé,—lo que es cierto es, que los esqueletos de las tres pobres señoritas... ¿saben ustedes?... aquellas otras...

—Sí, sí,—dijo el coro,—las que ha hecho morir antes de casarse con ellas.

—Pues es lo cierto que sus esqueletos están en las bodegas del castillo.

—¿Las ha visto usted mismo, señor Vivé?—preguntó Guillermina.

—Señora,—respondió el portero,—usted no ignora que por mi posición he debido ir muchas veces al castillo del señor conde desde que es pariente nuestro. Por más que yo no haya tomado parte en ese desgraciado matrimonio, no es menos cierto por eso que me veo obligado á tratar al yerno del señor marqués. Pues bien, el ama de llaves me ha hablado de una bodega...

Aquí el corrillo se apretó cuanto pudo en torno del portero, emparentado mal de su grado, con el señor conde de Lacuzan.

—...De una bodega,—continuó aquél,—de una cierta bodega donde no hay ni vino, ni leña, ni sidra...

—Pues eso es bien claro;—dijeron todos en redor.

—En efecto,—se aventuró á decir con visible ironía Badabreux,—una bodega donde no hay ni vino, ni sidra, ni leña, por necesidad ha de encerrar tres esqueletos de tres señoritas.

—¿En dónde recita usted ahora sus comedias los domingos, caballero?—le preguntó el portero encolerizado.

—Pero... iba á decir Badabreux.

—Eso es que ya no come usted en nuestra casa los domingos, desde que no hay en ella nadie... y es de absoluta necesidad el que usted coma en alguna parte.

Badabreux sintió tentaciones de romper su bastón con puño de muleta en las narices del funcionario Vivé; pero se contuvo, acordándose que te-

nía que pasar por delante de su portería para llegar al comedor del marqués de Noyal. Pagó, pues, su media onza de tabaco y salió de la tienda privado por completo de los honores de la guerra.

—Hé aquí cómo me las arreglo yo con los pegotes que van á comer á todas partes—dijo Vivé con no disimulado orgullo.

—Hace usted muy bien,—exclamó el coro.

—Pero ¡Barba-azul! ¡Barba-azul!

—A fé mia que el dichoso Lacuzan no es de tan buena casa como todo eso...—continuó el portero. Ha debido seguramente tener su parte la bruja, para que toda una señorita, que se llama Noyal, se haya decidido á casarse con él. Tanto más cuanto que nadie ignora como nuestra señorita María había sido pedida por el Sr. Avaugour, que es un verdadero aristócrata.

—Me debe tres luises,—dijo Guillermina.

—¿Sí? Pues bien, señora Mormichel, cuando venga á pagar á ustedes, envíenme ustedes á buscar para que yo le vea... La pobre señorita María, ella se lo ha querido, que lo que es advertencias no la han faltado: todo el mundo, puede decirse, todo el mundo sabía que el tal Lacuzan había echado el mal de infierno al desgraciado Malbronk, sin más que mirarle de través.

(Se continuará).

A CENON, ORADOR FAMOSO

SONETO

Eres el primer as de esta baraja,
Que al mus nos juega entre infernal bullicio.
Cuando pones la lengua en ejercicio,
Sólo el aplauso atronador la ataja.

Tu elocuencia magulla, corta, raja,
Y deslumbra cual fuego de artificio.
Todo sobra en tu frase, ménos juicio;
Todo falta en tus cantos, ménos paja.

Me declaro, hombre inmenso, tu devoto.
No porque asombren á mi ingenio burdo
Los rasgos de tu númen manirotó;

Lo que en tí admiro es el aplomo zurdo
Con que á pesar de tanto terremoto,
Estás siempre plantado en el absurdo.

OTRO AL MISMO

De tu oratoria el fárrago eminente,
Imita por la forma y por la idea
Ciertos bazares que la industria crea
En la márgen del Sena floreciente.

De pedrería un lago trasparente,
La deslumbrada vista allí recrea,
Todo brilla, fascina, centellea,
Y todo es falso, vidrio solamente.

Arsenal que vistoso y abundante

Surte á la meretriz de joyería,

De diademas y cetros al farsante.

¿Y es posible, Cenon, que eso te engría?

La más simple verdad, puro diamante,

Vale por toda esa bisutería.

OVIDIO.

MISCELÁNEA

El autor de los estudios publicados en este periódico sobre *La Edad de Piedra*, ha recibido algunas observaciones y consultas acerca de tan curioso asunto. Sería interminable la tarea de ampliar en nuevos artículos aquellas ideas y noticias sobre que se le consulta, por lo que se limita á recomendar una vez más el cultivo de esta clase de conocimientos, y á decir que en España se han escrito muy pocos libros á ellos referentes. Debe además añadir, que en el cuerpo de sus artículos, así como en las notas, está la indicación de todos los libros españoles y de los principales extranjeros, que pueden ver las ilustradas personas que se interesan por el progreso de los estudios prehistóricos.

Nuestro colaborador se felicita, como se felicita *LA ILUSTRACION CATÓLICA*, de haber contribuido en alguna manera á despertar entre nosotros semejante provechoso interés.

No es el volcan revolucionario el único que se encuentra en plena erupcion. Los volcanes naturales han tomado tambien la palabra, y tenemos al Vesubio arrojando á más y mejor ardiente lava sobre sus vertientes cubiertas de nieve. Esto trae á nuestra memoria aquellos famosos versos de Calderon.

Hipócrita Mongibelo,
nieve ostentas, fuego escondes.
¡Qué harán los pechos humanos
si saben mentir los montes!

La última erupcion del Vesubio es, á lo que parece, una de las más notables; y muchos habitantes de Nápoles y una multitud de forasteros venidos expresamente, se pasan la noche en el muelle, en los balcones y en los terrados, contemplando aquel gran surco de rayos y centellas que se abren paso por medio de la nieve, produciendo maravillosos efectos de óptica.

Precisamente en este momento acaba de aprobar el consejo superior de obras públicas un proyecto de camino de hierro funicular (esto es, de maromas), y de doble vía, para subir hasta la cima del cráter, con una pendiente de un 50 por 100. La longitud de la vía será de 840 metros, y entre la estacion de la cima y la de la base habrá una diferencia de nivel de 420 metros.

El volcan ha celebrado de una manera brillante la aprobacion de este proyecto, que le pone más en contacto con las tierras frías.

En estos dias la famosa Exposicion de París está vaciando á toda prisa sus colosales salones, yéndose cada objeto por su lado. Luégo empezarán las demoliciones. Este siglo es poco aficionado á las cosas duraderas, y no deja para la posteridad más que ruinas.

Los chinos, que como es sabido, son eminentemente conservadores, no han tenido valor para derribar su pabellon, y lo han ofrecido solemnemente al mariscal Mac-Mahon. A la mariscala le han hecho presente del mobiliario, que es muy curioso y muy rico.

Estos gajes de la presidencia no habrán dejado de estimular el apetito voraz del presunto futuro sucesor Gambetta.

Ha llegado á París una comision de lapones legítimos, que han sido hospedados en las habitaciones del Jardin de Aclimatacion. Esta es, á la hora presente, una de las grandes curiosidades de la Babel parisiense. Hé aquí algunos detalles tomados de un periódico acerca de estos habitantes del Polo.

«El reno constituye toda la riqueza del lapon. Este animal es para él montura, caballo de tiro, y le surte de leche y carne. Además, con las astas del reno se fabrica sus principales utensilios, y con su piel excelentes vestidos para abrigarse.

«Los lapones son de carácter dulce, bondadoso, y naturalmente inclinado á la religion. Son protestantes; pero monseñor Bernard, prefecto apostólico de Noruega y Laponia, ha observado en ellos muchas prácticas que vienen del catolicismo. Esto le ha confirmado en la opinion de que ántes de la invasion del protestantismo, el catolicismo, al ménos parcialmente, reinó en aquella comarca. Sería fácil hacerlos católicos. «Lo que les falta, dice monseñor Bernard, es un pastor que les siga y con el cual puedan encariñarse sin temor de que les abandone.»

ANECDOTAS

Uno que padecía dolores de estómago se fué á consultar con un médico. Este, despues de haberle reconocido minuciosamente, le dijo:

—Ya sé lo que usted tiene: usted necesita mucho, muchísimo ejercicio, pero probablemente su profesion de usted no le permite adoptar este remedio infalible. ¿Cuál es su oficio de usted?

—¡Soy cartero desde hace veinticinco años!

Un labrador se encontró con otro.

—¿De dónde vienes?

—Del cementerio, de ver á mi tío Geromo.

—¿Le has hecho cantar algun responso?

—Quita allá. Mi tío no se cuidó nunca en vida de esas cosas. Yo tengo otra manera de regalarle el oído.

—¿Y cuál?

—Llevo un talego bien repleto y lo meneo á fin de que el sonido le recuerde aquello que él más amó en este mundo.

Un viejo petimetre, al ir á comer la sopa en una fonda, descubrió en ella un pelo.

—Mozo, dijo al que lo acababa de servir. En esta sopa hay pelos.

—Quizás, dijo el mozo, se le ha caído á usted sin notarlo.

—Estúpido! ¿no ves que este pelo es blanco?

—Es que la sopa destiñe, caballero.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, 4.

SECCION DE ANUNCIOS

LA ILUSTRACION CATÓLICA

La ley de instruccion pública, discutida en España en 1878. Discursos y documentos por D. Carlos María Perier, Diputado á Cortes.—Un tomo en 8.º mayor, de 200 páginas. Se vende en las librerías de Olamendi y San Martín.—Precio dos pesetas.

CALENDARIO PIADOSO PARA 1879

REVISADO EN LA PARTE LITÚRGICA
POR D. MIGUEL MARTÍNEZ Y SANZ

Se vende este libro de 326 páginas, á 4 rs. en la imprenta de D. Antonio Perez Dubrull, editor, calle de la Flor Baja, núm. 22, á donde se dirigirán los pedidos, y en las librerías de los señores Olamendi, Aguado, Tejado, Hernando, Lopez, Sanchez Rubio, Guio, Gaspar y Roig, Fé, Bailly-Baillière, Viuda de Escribano, Hijos de Sanchez, San Martín, Libro de Oro, Perdiguero y Villaverde; y en las principales de provincia.

LOS MAYOS CUENTO ORIGINAL DE COSTUMBRES POPULARES DE LA SIERRA DE ALBARRACIN POR

D. M. POLO Y PEYROLON

Se vende esta novelita á peseta el ejemplar, en la librería de Perdiguero, San Martín, 3, en la Administracion de la *Revista Popular*, Pino, 5, bajo, Barcelona, y en casa del autor, Seminario, 9, Teruel, el cual la remitirá por el correo sin certificar y sin responder del extravío, á todo el que le remita su importe, más un sello de comunicaciones de 5 cént. de psta.

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Salé á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los dias 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeracion de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicacion nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicacion de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisicion continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante *Revista*, como puede observarse en los precios de suscripcion que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administracion.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administracion de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administracion, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripcion de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Peninsula. Tambien pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel Reñé, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

ALBUM-ALMANAQUE

DE LOS PAPAS

PARA 1879

Este Almanaque ha de contener, además del Santoral y otras materias interesantes, *El Mapa de todos los Papas que ha habido desde San Pedro hasta Leon XIII*, en fotografia. *El Mapa de todos los Reyes que ha tenido España desde Ataulfo hasta D. Alfonso XII*, tambien en fotografia. Por manera, que este Almanaque será el único en su clase, y cuyo precio en venta será 12 reales.

A todos los que nuevamente pidan los cuadros de los retratos de Su Santidad Pio IX y Leon XIII, abonando 10 rs. se les dará gratis este Almanaque, que verá la luz pública en el próximo mes de Noviembre, con la lista de todos los suscritores.

Se admiten anuncios para este Almanaque á los precios siguientes:

Una plana, 110 rs.; media, 60; cuarto de plana, 40 rs.

Las sucripciones y anuncios, á D. José Morales, calle de la Esgrima, núm. 11 pral.

CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administracion al precio de 6 reales ejemplar.